

Los CoNteM poRa nEoS

El tiempo, está claro, es una cuestión meramente individual. Y sus ritmos. El papú vive en la Edad de Piedra al mismo tiempo que un astronauta vive en el futuro. Para una rosa, la vida toda se contiene en "l'espace d'un matin", mientras un boabab o una araucaria

EL TIEMPO Y LA DEMOCRACIA

memphis son eternoides. El tiempo es una cosa para Garrigues Walker, otra lo es para mí. Porque todo esto lo pienso leyendo a Joaquín Garrigues Walker y su artículo de "ABC" "Corto, medio y largo plazo". Se asombra el junker de Aravaca de la velocidad que se imprime en la clase política para llegar a la democracia; presencia una etapa contra reloj donde yo, que no tengo más Pozuelo que el de esta firma, veo inmovilidad. Si me fijo un poco más, veo quizá un movimiento de retroceso. Se levanta la declaración de "materias reservadas" para temas de hace seis, siete años, y pienso que ahora vamos a ocuparnos en los periódicos —los que se ocupen, que hay gente para todo— de lo que debemos ocuparnos entonces. Veo destituir directores de periódico, suspender revistas y periódicos, y pienso que ya estamos más cerca de Sánchez Bella y de su manera fuerte. Cómo no voy a ver que el tiempo va hacia atrás, si advierto que ya estamos llegando al año 1931, pero siguiendo atrás; según algunos técnicos de ese movimiento inverso, este año debe ser 1930. Lo cual quiere decir que el próximo año será 1929, pero también podría ser 1928, o 1925, porque la aceleración histórica cunde también al revés.

Por eso me es imposible comprender el mundo interior y el mundo expresado del señor Garrigues Walker. Su ritmo interior, su "tempo", es distinto del mío. Donde él pide un andante, yo moderato, yo esperaba un allegro, a ser posible "in modo di marcia". Y pienso que yo, con mi buen pasar y una larga paciencia bien aprendida, con la lenta formación de capas de galápagos, soy todavía un moderado con respecto a otros que tienen

muchas más razones para la impaciencia.

Creo que el error del señor Garrigues Walker —y yo, como todo el mundo, tengo la osadía ibérica de considerar error a todos los que no piensan como yo— está, sobre todo, en la observación entomológica de una clase política

o la que suele llevar a pacer a sus propios campos. Podría pensarse que esa clase política en realidad ni hace ni deshace, sino que se coloca o busca colocarse. Para el que busca colocarse, hay que comprenderlo, no hay tiempo que perder. Toda velocidad es poca. Recomendarles sosiego es pedir que no corra, para no perder la dignidad, a un caballero a quien se le puede escapar un tren en marcha. ¡Al diablo la dignidad! Si ellos ven un tren en marcha donde yo veo un tren parado, es por esa cuestión de ritmos interiores. Y si el señor Garrigues confunde el tren con los que corren desesperadamente por los andenes, debe de ser por un error de óptica.

Personalmente, creo que hay alguna prisa o que debería haberla. El tren que está en marcha es el de la vida misma, como diría un folletínista; el mundo, decía Gardel, sigue andando. Yira, yira. Y nos vamos a encontrar secas las pilas de los timbres de algunos mercados comunes, por no hablar más que de mercados, sin contar con ciertas necesidades vitales del ciudadano español, que alguna vez podría ser tenido en cuenta. "Serenidad, tranquilidad", dice Garrigues Walker.

Y yo recuerdo el cuentecillo inglés del incendio en el teatro. Se produjo el tumulto hacia las salidas, y un ciudadano consciente alzó con potencia su voz para decir: "No olvidemos que somos ciudadanos ingleses: flemáticos, serenos, tranquilos. Que no haya ningún tumulto y todo el mundo proceda con orden y calma, cantando nuestro himno". La voz ejerció su efecto. El tumulto y la lucha por las salidas se detuvieron. Se empezó a entonar el himno. Y todos murieron en el incendio. ■

POZUELO

rránea y una fogosidad contenida por las circunstancias. Sus discursos para conquistar el poder dentro del partido fueron unas admirables muestras de «voluntad de cambio», pero sin emitir palabras que hubiesen podido tacharle de marxista, de comunista o de extremista, lo cual hubiese supuesto la cárcel, o por lo menos la erradicación. Las bases principales de su programa eran las del «sostén popular», como ha dicho reiteradamente. Una especie de recuperación del pueblo para que éste apoye a su vez a un Gobierno «suyo». En esta campaña figura la fundación de industrias y talleres que pertenezcan por mitad al Estado y por mitad a los propios trabajadores. Ha inventado unas acciones populares para una especie de capitalismo popular que permitan la participación en empresas financiadas en parte por el Estado: unas acciones intransferibles, o que sólo pueden ser vendidas al propio Estado, con objeto de evitar acumulación de tipo capitalista clásico. Trata de luchar contra el analfabetismo (del 50 al 65 por 100 de la población) y de canalizar la emigración de obreros turcos al extranjero (un millón de obreros emigrantes), que hasta ahora es clandestina en gran parte.

Los esfuerzos de Eçevit nacen, sin duda, de un pacto con los militares. Pero se dice que ese pacto está contenido por una desconfianza mutua: la tiene Eçevit porque es partidario del poder civil entero, la tienen los militares porque temen que sus reformas puedan conducir a una revolución.

En los seis meses de poder, el primer ministro ha podido hacer muy poco más que formular su programa y tomar algunas medidas iniciales. Pero ha dado dos o tres golpes sensacionales. Uno fue el envío de barcos turcos a las zonas del mar donde parecía haber petróleo que los griegos consideraban como suyo. Otro, muy importante desde el punto de vista nacional, el de autorización para que vuelvan a cultivarse las amapolas opiáceas, prohibidas por acuerdo con los Estados Unidos como parte de la lucha contra la droga. Eçevit sostiene que el opio es un cultivo tradicional de Turquía, que no solamente produce droga, sino que es necesario en farmacia y da otros subproductos de gran utilidad para la pobreza del país. La conversión de los campos de amapolas en

otros cultivos no ha estado suficientemente apoyada, y ha contribuido a la pobreza del país. Son los países que prohíben la droga los que deben luchar contra ella en sus fronteras y en sus hampas, no el que produce plantas opiáceas. La medida es, sin duda, demagógica, pero ha acudido en favor de unas clases agrícolas que no tenían solución y que nunca habían comprendido literalmente por qué se les prohibía aquello que había sido la base del trabajo y la economía de todos sus antepasados. Eçevit ha ganado de pronto una popularidad inmensa.

Pero nada comparable a la que ha ganado con el golpe de Chipre. Ha representado con este desembarco la venganza de muchas frustraciones antiguas de una Turquía que fue imperial y está imperializada. Y se ha ganado la confianza de los militares. Sus victorias sobre el terreno les han llenado de satisfacción, y consideran a Eçevit como un hombre mucho más importante de lo que creían: se dice que a cambio del desembarco en Chipre le han prometido no restringir más sus deseos de reforma y ayudarle en continuar adelante el programa.

El triunfo no es sólo militar. Eçevit ha conducido la parte política de manera que no ha sido condenado por la OTAN, ha tenido la complicidad clandestina de los Estados Unidos y la Unión Soviética se ha abstenido en la votación del Consejo de Seguridad en que se condenaba a Turquía. Esa condena la consideran puramente formal, como tantas otras emitidas por las Naciones Unidas.

Si el golpe ha unido a los griegos, ha unido mucho más a los turcos. Aquellos, por la desesperación y la frustración, temas que siempre gustan de buscar culpables. Estos, mediante el triunfo militar y diplomático.

El alcance histórico que algunos consideran posible en Ankara y en Estambul es el de que el acuerdo entre civiles y militares pueda ser definitivo, y que, realmente, Eçevit pueda realizar las reformas que volverían a poner en práctica algunos de los objetivos previstos por Attaturk, y que consistían y consisten, esencialmente, en poner a Turquía en un nivel político y cultural europeo, dando la espalda hacia Asia, que forma la mayor parte de su territorio. ■